

dia el mago llegó á elevarse sobre el aire: Pedro se postra de rodillas y ora: al instante los demonios abandonan á Simon, y el primero de los papas le enseña á Satanás qué poder tendrá que combatir en todos los demás Pontífices de Roma sucesores de Pedro.

Pablo se la encuentra tambien en la Pythonisa de Filipos: *Tè mando, le dijo, en el nombre de Jesucristo que salgas de ella. Y en la misma hora salió.* (Act. XVI, 18). ¿Con qué seguridad el mismo apóstol impera tambien á Satanás, que se servia del mago Elimas para esterilizar su apostolado? *Hijo del diablo, no cesarás de trastornar los caminos derechos del Señor. Mas ahora, la mano de Dios sobre tí, y serás ciego, que no verás el sol hasta cierto tiempo. Y luego cayó en él oscuridad y tinieblas, y volviéndose de todas partes buscaba quien le diese la mano.* (Act. XIII, 10).

Todos los demas apóstoles vencieron tambien á Satanás. Lo propio sucedió con los mártires: él es quien, por vengarse, les hizo morir en medio de tormentos no oídos hasta entónces. Suprimid la instigacion de Sntanás en los martirios de los cristianos, y no los comprenderéis. En esta sangrienta lucha Satanás es tambien vencido; pero no se desanima. Vedlo emplear nuevas armas. Con su aliento homicida suscita entre los cristianos la division, los cismas y heregias. Tampoco aquí es posible explicar, sin la accion de Satanás, este gran misterio de odio fraterno y de errores.

Para destruir en las diferentes partes del mundo los restos del paganismo, Roma envía misioneros; y hemos visto que tuvieron que combatir á Satanás bajo la forma palpable de serpientes y dragones monstruosos. ¿Sucede que para reparar los escándalos ocasionados por los cismas y heregias, la Providencia deputa en los desiertos del alto Egipto le-

giones de expiadores? Pues allí, entre los Antonios, los Pacomios, los demás patriarcas del desierto y Satanás, se emprende una guerra sin tregua. La vida de San Antonio es la gran epopeya del combate del hombre contra el demonio.

Esta epopeya no ha terminado. Siempre antigua y siempre nueva, cada uno de nosotros es en ella el héroe ó la víctima. Lo mismo sucede con las criaturas que nos rodean. Más frecuentemente de lo que se piensa, son en manos de Satanás instrumentos de su odio contra el hombre. La Iglesia, depositaria de todos los misterios del mundo moral y de todas las tradiciones verdaderas de la humanidad, en nada pone mayor empeño que en conservar siempre presentes en el espíritu de sus hijos las terribles verdades, cuyo conocimiento la vigilante Providencia habia tenido cuidado de conservar aun entre los pueblos paganos.

“Antiguamente, nos dice por boca de los Padres, los demonios engañaban á los hombres tomando diversas formas: y colocándose junto á las fuentes y los rios, en los bosques y sobre las rocas, sorprendian con sus prestigios á los mortales insensatos. Mas desde la venida del Verbo divino, sus artificios son impotentes; basta la señal de la cruz para desenmascarar todos sus engaños.” (1) La solicitud de la Iglesia no se limita á señalar la presencia de estos. Gracias al poder que el vencedor del demonio le ha conferido, ha preparado y puesto en manos del hombre todas las armas necesarias para arrojar al enemigo, ó preservarse á sí mismo y las demás cosas de sus pérfidos ataques.

En efecto, “hay un libro, cuyo testimonio nadie puede recusar ni negar su competencia sin abjurar de la fé; es el Ritual romano, el órgano más seguro y autorizado de la

1. San Atan., *lib. de Incar. Verbi*; véase tambien á Orígenes y á San Agus. antes citados.

doctrina ortodoxa, el monumento más auténtico de la tradición. En él, no solamente se afirma en cada página la existencia de los demonios, sino que están minuciosamente señaladas, y aun podría decirse que descritas, las arterias de Satanás, sus maniobras, sus negras empresas contra el hombre y las criaturas." (1) Ningun libro hace conocer mejor á los príncipes de la Ciudad del mal, cuya historia nos ocupa en este momento: ninguno confirma más poderosamente lo que hasta aquí hemos dicho y lo que nos queda por decir.

Comienza el Ritual con los exorcismos para el recién nacido que se presenta al Bautismo, y para los elementos que han de emplearse en su regeneracion. El niño se hace hombre, y los exorcismos continúan. Todas las criaturas con que va á estar en contacto durante su peregrinacion, están infestadas. Para lanzar al demonio, la Iglesia exorciza el agua y la bendice. Agua poderosa, que la Iglesia recomienda á sus hijos la guarden cuidadosamente en sus habitaciones, para rociarla sobre sí mismos y sobre cuanto los rodea. Con el mismo fin bendice el pan, el vino, el aceite, los frutos, las casas, los campos, los rebaños. En fin, cuando el hombre está á punto de dejar la vida, ella emplea nuevas bendiciones, para sustraerlo á las potencias de las tinieblas.

Pues bien, qué comprende cada exorcismo? Comprende tres actos de fé: acto de fé en la existencia de los demonios; acto de fé en su accion real y permanente, general é individual sobre el hombre y las criaturas; acto de fé en el poder dado á la Iglesia para arrojar al usurpador." (2)

1. Vida del cura de Ars. tom. I, p. 386.

2. Diabolus hostis est humanae salutis, quae homini per baptismum acquiritur; et habet potestatem, aliquam in hominem ex hoc ipso quod subditur peccato originali, vel etiam actuali. Unde convenienter ante baptismum expelluntur daemones per exorcismos. . . . Aqua benedicta datur contra impugnaciones daemonum, quae sunt ab exteriori; sed exorcismus ordinatur contra impugna-

Y ahora, si hay algo que pueda llamarse extraño, ¿no lo es la falta de atencion con que muchos cristianos, sumisos no obstante de corazon á la Santa Iglesia, pasan al lado de esos exorcismos, tan expresos, tan positivos, sin fijarse en las conclusiones que en ellos se contienen? Hoy especialmente es necesario señalar algunas de ellas.

Pues sin salir de nuestros libros litúrgicos, ¿se quiere saber con certidumbre, cuál y cuánta es la accion demoniaca sobre el hombre y sobre el mundo, y de cuán diferentes maneras se ejercita? Abramos el Ritual, al que añadiremos el Pontifical, este otro monumento no ménos oficial de la fé católica, este tesoro ne ménos precioso de toda verdadera filosofía. ¿Qué enseñan estos libros?

Enseñan que los demonios pueden liar al hombre con lazos visibles é invisibles, como un vencedor puede cargar de cadenas á su prisionero.

Que pueden cerrarle el espíritu á la inteligencia de las cosas divinas.

Que pueden corromper el agua y hacer aparecer en ella fantasmas, en lo cual consiste la hidromancia.

Que pueden acudir á las casas, amancillarlas y convertirlas en penosas y perjudiciales moradas.

Que pueden traer la peste, corromper el aire, comprometer la salud del hombre, turbar su reposo y molestarlo de todos modos.

Que pueden infestar no solamente los lugares habitados sino tambien las soledades, y difundir en ellas el terror y hacerlas focos de enfermedades contagiosas ó teatro de molestias inquietantes.

tiones daemonum quae sunt ab interiori. *S. Th.*, p. III, q. LXXI, art. 2.—Quince siglos hace que San Agustin hablaba como Santo Tomás: Parbuli exuffiautur et exorcizantur, ut pellatur ab eis diaboli potestas inimica quae decepit hominem. *De symb.*, lib. I, c. 1, ad. fin.

Que pueden atacar al hombre en su cuerpo y en su alma, caer sobre él en gran número y presentársele bajo la forma de espectros y fantasmas.

Que pueden levantar tempestades, promover huracanes, trombas, heladas, rayos, en una palabra, poner los elementos al servicio de su odio eterno.

Que pueden comunicar al hombre su virtud maligna, apoderarse de él, poseerlo, comunicar á su espíritu conocimientos y á su cuerpo fuerzas y aptitudes sobrehumanas.

Que pueden, en fin, fatigarlo de una manera más terrible en sus últimos momentos; y al separarse del cuerpo disputar al alma el paso á la bienaventuranza eterna. (1)

De estas enseñanzas, tomadas de las fuentes más puras, resultan dos cosas: primera, la certidumbre de una acción incesante, general y particular de los demonios sobre el hombre y sobre las criaturas; segunda, la posibilidad de comunicaciones directas, sensibles, *materiales*, de los demonios con el hombre y del hombre con los demonios. De aquí las evocaciones, los pactos, obsesiones, posesiones, maleficios, cuya existencia, tan frecuentemente atestiguada por la historia antigua y moderna, sagrada y profana, no puede ser negada sin renunciar á toda creencia divina y humana.

Además, para un hombre que reflexione, ni la dificultad intrínseca de estas comunicaciones, ni las formas extrañas que pueden revestir, son motivo para dudar. ¿No está nuestra alma en comunicacion permanente con nuestro cuerpo? Si el espíritu puede comunicar con la materia, ¿cómo se podrá probar la imposibilidad radical de que un espíritu comunique con otro espíritu? ¿Y respecto de las formas? Los anales del género humano ¿no comienzan por una manifes-

1. El Ritual, en cada página: el Pontifical, especialmente en la *bendición de las campanas*.

tacion demoniaca? Desde cualquier punto de vista que se considere, ¿no es esa manifestacion una de las más extrañas? Y sin embargo, ha sido admitida por todos los pueblos. No hay siquiera uno, cuyas tradiciones no hayan conservado el recuerdo del hecho, que el Génesis nos refiere y que fué la causa primera del mal y de todo mal.

¿Qué digo? Esta comunicacion primitiva, real, palpable, de Satanás con el hombre es un dogma de fe, tan cierto como la Encarnacion del Verbo. "Afuera el diablo, afuera Dios," decia Voltaire. Es menester añadir: Sin diablo, no hay caída; sin caída, no hay Redencion; sin Redencion, no hay Encarnacion; sin Encarnacion, no hay cristianismo; sin cristianismo, pironismo universal.

No es nuestro objeto explicar detalladamente la acción sensible y multiforme de los príncipes de la Ciudad del mal sobre el hombre y las criaturas. Se puede verla en las sabias obras de Mirville, Mousseaux y Bizouard. Sin embargo, las circunstancias actuales no permiten pasar en silencio ciertas manifestaciones demoniacas, tanto más dañosas cuanto más empeño se pone en negar su verdadera causa. Queremos hablar de las comunicaciones directas con los *espiritus*, de las mesas giratorias y de otras prácticas, que recientemente han conmovido el antiguo y el nuevo mundo, que no han cesado nunca y hoy se reproducen con inaudito recrecimiento.

Lo que más nos extrañó á la aparicion de estos fenómenos, fué la extrañeza general que produjeron. No parece sino que para los hombres de estos tiempos la razon está herida de impotencia, la teología es como si no fuera, y la historia muda. El primer dogma de la razon es, que dos señores contrarios se disputan el imperio del humano linage, el cual vive necesariamente bajo el imperio del uno ó del

otro. Al ver al mundo actual emanciparse rápidamente del reinado del Cristianismo, era muy fácil y muy lógico concluir que caía con la misma rapidez bajo el reinado del satanismo.

Pues bien, Satanás es siempre el mismo. Al volver al mundo, vuelve con todos los atributos de su antiguo reinado. Oráculos, prestigios, manifestaciones varias, todo el cortejo de seducciones, signos é instrumentos del reino, de que había llenado el antiguo mundo y llena todavía el mundo idólatra, debían reaparecer por necesidad en un mundo, convertido en dominio suyo por el alejamiento del cristianismo. Esto dice la razón, como dice que dos y dos son cuatro.

¿Y la teología? Seiscientos años hace que el ángel de las escuelas, exponiendo la doctrina de la Iglesia, decía como su maestro San Agustín (1); "Los demonios son atraídos por ciertos géneros de piedras, de plantas, de bosques, de animales, de cantos y ritos, en cuanto son señales del honor divino de que tienen gran ambición. . . . *Frecuentemente fingien que son almas de los muertos.* Muchas veces se aparecen bajo la forma de bestias, que designan las cualidades de ellos. También alguna vez dicen la verdad para mejor engañar, y descienden á ciertas familias á fin de atraer á los hombres á que se familiaricen con los mismos." (2)

1. *Daemonis alliciuntur per varia genera lapidum, herbarum, lignorum animalium, carminum, rituum, non ut animalia cibis, sed ut spiritus signis, in quantum scilicet haec eis exhibentur in signum divini honoris, cujus ipsi sunt cupidi.* Apud, *S. Th.*, I, p. q. 115.—*Frequenter daemones simulant se esse animas mortuorum ad confirmandum Gentilium errorem, qui hoc credebant.* *Id.*, q. 117, art. 4.—*Id.*, *id.*, q. LXXXIX, art. 8; *id.*, 22, q. CLXV, art. 2.

2. *Id.*, I p., q. LXIV, art. 2.—*Omnia illa quae videntur esse venialia daemones procurant, ut homines ad sui familiaritatem atrahant et sine deducant eos in peccatum mortale.* I. 2, q. LXXXIX, art. 2.

En estos pocos renglones, que desenvolveremos más adelante, ¿no tenemos la explicación, compendiosa sin duda, pero exacta, de lo que está pasando ante nuestros ojos? Así habla la teología.

Y la historia? ¿Se trata en particular de la madera que se anima y da oráculos? Es un hecho demoniaco, cuya existencia, cuarenta veces secular, tiene por testigos al Oriente y al Occidente. ¿Qué cosa hay más célebre en la historia profana que las encinas de Dódona? ¿Ni qué cosa más probada? Si, conforme se pretende, es falso que jamás los árboles hayan emitido sonidos articulados, la creencia sostenida durante muchos millares de años, en este hecho, atestiguado por los hombres más graves y realizado en medio de los pueblos más cultos, sería más increíble que el hecho mismo. Por otra parte, ¿no lo pone fuera de duda ese libro en el cual todo es verdad? ¿Quién no ha leído en la Escritura los anatemas lanzados contra cualquiera que diga á la madera que *se anime, se levante ó hable* como un sér vivo? "¡Ay del que dice al madero: despierta: á la piedra muda, levántate! Mi pueblo pidió oráculos á su leño, y su báculo le respondió." (1)

A fin de especificar más y más en esta cuestión, ¿se trata de las *mesas giratorias y parlantes*? Pues son conocidas desde la más remota antigüedad. Sobre este fenómeno demoniaco, que no puede causar extrañeza más que á la ignorancia, tenemos entre otros el testimonio perentorio de Tertuliano. En su inmortal *Apologético*, es decir, en un escrito en que no podía atreverse á decir nada que no fuera incontestable, sin comprometer la gran causa de los cristianos, este Padre, nacido en el seno del paganismo y profun-

1. *Væ qui dicit ligno, expergiscere et surge.* *Habac.*, II, 19.—*Populus meus in ligno suo interrogavit; et baculus ejus annuntiavit ei.* *Oseæ*, IV, 12.

damente instruido en sus prácticas, nombra con todas las letras *las mesas que los demonios hacen hablar*. Y lo más notable es, que habla de ellas no como de un hecho extraordinario y oscuro, sino como de cosa habitual y conocida de todo el mundo. Sin vacilar, designa por su nombre á los agentes espirituales del fenómeno, seguro como estaba de que seria la risa de todo el imperio si, á la manera de nuestros pretendidos sabios, hubiera querido explicarlo por los fluidos.

El testimonio del gran apologista es demasiado precioso, para no citarlo entero. "Decimos que existen ciertas sustancias espirituales; y su nombre no es nuevo. Los filósofos saben que hay demonios; testigo el mismo Sócrates, que para hablar ó obrar esperaban la orden de su demonio. ¿Y cómo no? Cuando se dice que desde niño tuvo adherido un demonio, que lo apartaba de todo bien? Sábenlo tambien los poetas; y hasta el indocto vulgo emplea su nombre en las maldiciones. . . . Su trabajo consiste en destruir al hombre: *Operatio eorum est hominis eversio*. Así, su malicia se inauguró perdiendo al hombre. Al cuerpo le acarrearán enfermedades y crueles accidentes; al alma movimientos violentos, extraordinarios y repentinos.

"Para atacar al hombre en las dos sustancias de que se componen, tienen la sutilidad y la tenuidad. Como potencias espirituales tienen la mayor facilidad para permanecer invisibles é insensibles, de modo que se dan á conocer en sus obras más bien que en sí mismos. Cuando quieren inficionar las frutas ó las mieses, les inoculan no sé qué aliento emponzoñado cuando están en flor, ó las secan cuando germinan, ó las malean cuando se están formando; como si infestado el aire por desconocidas causas, exhalase vapores pestilenciales. Por medio de ese mismo contagio oculto cor-

rompen tambien las almas, inspirando en ellas furores y locuras vergonzosas y crueles apetitos de sensualidad, juntamente con diferentes errores: entre los cuales el principal consiste en cegar y envolver á los hombres en favor de esos dioses, para obtener de los mortales el anhelado humo del incienso que van á quemar y de la sangre que derraman ante los simulacros é imágenes de los mencionados dioses.

"Pero su placer más delicioso consiste en apartar al hombre del pensamiento del verdadero Dios por medio de los prestigios de una mentida adivinacion, cuyo secreto voy á explicar. Todo espíritu vuela como ave: *omnis spiritus ales est*; así los ángeles como los demonios. En un momento están en todas partes; para ellos todo el mundo es un mismo lugar: *totus orbis illis locus unus est*. Lo que sucede en cualquier parte, tan fácil les es saberlo como decirlo. Y en razon de no ser conocida su naturaleza, hacen pasar su velocidad por divinidad. Y frecuentemente, hasta quieren ser tenidos por autores de las cosas que anuncian. Y en efecto, lo son á veces de las cosas malas; mas nunca de las buenas: *Et sunt plane malorum nonnumquam, bonorum tamen nunquam* (cap. XXII)."

Su celeridad natural es para los demonios el primer medio de conocer lo que sucede, ó está á punto de suceder á largas distancias. Tienen tambien otro, y es el conocimiento de las disposiciones de la Providencia por medio de las profecías, que ellos saben leer y cuyo sentido comprenden naturalmente mucho mejor que nosotros. Sacando de esta fuente la noticia de ciertas circunstancias de los tiempos, fingen la divinidad usurpando el arte de adivinar: *Æmulantur divinitatem, dum furantur divinationem*. Cual padres é hijos de la mentira, cuando no quieren ó no pueden responder, envuelven sus oráculos en ambigüedades, de mo-

do que salga como saliere el acontecimiento anunciado, pueden defender sus palabras: Creso y Pyro podrian decir algo de esto (1).

“El habitar en el aire, y andar cerca de los astros y en medio de las nubes les proporciona el conocer los cambios del tiempo; y así pueden prometer las lluvias cuya proximidad están viendo. Tambien se presentan benéficos en la curacion de enfermedades. Y lo que hacen es, que primero ponen á uno malo, y despues para afectar un milagro prescriben remedios nuevos y aun contrarios; y hecha la aplicacion, retiran el mal que hacian y hacen creer que curaron (2).”

Para acreditar la fé en su poder y veracidad, añaden á sus pretendidas curaciones prodigios sorprendentes. La historia del paganismo, así antiguo como moderno, está llena de ellos. Tertuliano se contenta con citar algunos conocidos de todo el imperio romano y particularmente de los magistrados, á quienes dirige su *Apologetico*. “¿Y qué diré de las demás astucias y recursos de estos espíritus de mentira? Los fantasmas de Castor y Polux, el agua llevada en una criba, la nave arrastrada con un ceñidor, la barba que se vuelve rubia al contacto de una estatua; todo esto es para hacer creer que las piedras son dioses é impedir que se busque al verdadero Dios (3).”

1. A este último le dijo el oráculo: “Ajo te Romanos vincere posse,” lo cual es completamente anfibológico.

2. *Laedunt enim primo, dehinc remedia praecipiant ad miraculum nova sive contraria; post quae desinunt laedere et curasse creduntur Apol., ubi supra.*

3. En el instante mismo en que los Romanos ganaban una batalla en Macedonia, Castor y Polux semi-dioses y protectores suyos, se aparecieron en Roma y anunciaron la victoria.—La vestal Tuscia llevó agua en una cesta: su compañera la vestal Claudia arrastró á la orilla con su cinturón un barco que habia encallado en el Tíber y traía la estatua de Cibeles; la madre de

El poder de los demonios sobre el mundo físico va acompañado de otro no menor sobre el mundo espiritual. ¡Cosa chocante! Lo ejercen hoy del mismo modo que en tiempo de Tertuliano. Habia tambien *mediums* que hacian aparecer fantasmas, que evocaban las almas de los muertos, que daban á pequeñas criaturitas el don de la palabra (1), que operaban una multitud de prestigios en prescencia del pueblo, que causaban sueños y hacian hablar las cabras y las *mesas*; dos clases de seres que, por arte de los demonios suelen predecir lo futuro y revelar cosas ocultas: *Per quos et caprae et mensae divinare consueverunt* (2).

La notoriedad de todos estos fenómenos es tal, que el grave apologista los refiere con valentía, sin adornos retóricos, sin precauciones oratorias, sin temor de excitar una sonrisa, ni de provocar un mentís de parte de un público hostil y burlesco.

Despues continúa diciendo, que si el poder de los demonios es tan grande cuando obran en provecho y á voluntad de otros, ¿cuánto no harán cuando se mueven por su propio gusto y utilidad? Ellos son los que hacen volar á unos por las torres de los templos de los dioses, y á otros saltar los tejados de sus vecinos; los que instigan el ciego furor de mutilarse vergonzosamente, de amputarse los brazos y de los dioses.—Domicio vió su blanca barba tornarse roja al contacto de la estatua de Castor y Polux; de donde le vino el nombre *Oenobarbris* á su larga y famosa posteridad.

1. Esto se vió veinte veces en los *Camisards* á principios del último siglo; léase la interesante y muy auténtica *Histoire des Camisards*, por Mr. Blanc.

2. Porro si et magi phantasmata edun et sane defunctorum in-clamant animas; si pueros in eloquium oraculi eliciunt; si multa miracula circulatoriis praestigiis lundunt; si et somnia imittunt habentes semel invitatorum angelorum et daemonum assistentem sibi potestatem, per quos et caprae et mensae divinare consueverunt. *Apol., ubi supra.*

cortarse el cuello. "Sabido es de la mayor parte, que son tambien obra de los demonios las muertes atroces y prematuras (1)."

¡El suicidio! No faltaba más que este último rasgo para completar la semejanza entre los fenómenos demoniacos del siglo segundo y del diez y nueve. So pena, pues, de renunciar á la facultad de enlazar dos ideas hay que concluir diciendo con Tertuliano: "La semejanza de los efectos demuestra la identidad de la causa: *Compar exitus furoris et una ratio est intigationis* (2)."

1. Quanto magis illa potestas de suo arbitrio et pro suo negotio studeat totis viribus operari, quod alienae praestat negotiationi. . . . qui sacras turres pervolat; qui genitalia vel lacertos, qui sihi gulam prosecat. *Ibid.* Pluribus notum est daemoniorum quae opera et immaturas et atroces effici mortes. *Id.*, *De anima*, c. LVII.—Los sacerdotes galos hacian todo esto. Los de Budda en el Thibet se hienden el vientre. En Africa y Oceanía hay la costumbre de cortarse los dedos y hacerse incisiones en la cara.

2. Minucio, Felix, Arnobio, Atenagoras, Lactancio, San Agustín y los demás Padres de la Iglesia hablan lo mismo que Tertuliano. (Véase Baltus *Reponse á l'Histoire des oracles*). Citemos solamente un pasaje de San Agustín: Sciendum nobis est quoniam de divinatione daemonum quaestio est, illos ea plerumque praenuntiare quae ipsi facturi sunt. Accipiunt enim saepe potestatem et morbos immittere et ipsum aerem vitiando morbidum reddere. . . . Aliquando autem non quae ipsi faciunt, sed quae naturalibus signis futura praenosunt, quae signa in hominum sensus venire non possunt, antepredicant. . . . Aliquando et hominum dispositiones non solum voce prolatas, verum etiam cogitatione conceptas, cum signa quaedam ex animo exprimuntur in corpore, tota facilitate perdiscunt, atque hinc etiam multa futura praenuntiant. *De divinat. daemon.*, lib. I, c. v.

## CAPITULO XVI.

(CONCLUSION DEL ANTERIOR.)

SUMARIO.—El poder de los demonios regulado por la sabiduría divina.—Castigan y tientan.—Castigan: pruebas, Egipto, Saul, Acab.—Célebre confesion del demonio.—Tientan: pruebas, Job, Nuestro Señor, San Pablo, los Padres del desierto, todos los hombres.—Por qué no todos los resisten.—Imprudencia y castigo de los que se ponen en relaciones con el demonio.—Tienta por ódio al Verbo encarnado.

Acabamos de explicar el poder de los demonios. Dios lo mantiene dentro de ciertos límites segun los designios de su sabiduría infinita (1). De esto resulta, que los príncipes de la Ciudad del mal no pueden hacer mal al hombre y á las criaturas segun toda la medida de su ódio (2). No solamente Dios les restringe el poder; sino que lo dirige; porque del mismo modo que todo lo demás que existe, tambien el poder diabólico debe contribuir, á su modo, á la gloria del Criador.

Acerca de este punto esencial en el gobierno de la Ciudad del bien; recordemos la enseñanza precisa de la teología católica. "Los ángeles buenos, dice Santo Tomás, hacen conocer á los demonios muchas cosas en orden á los secretos divinos. Estas revelaciones tienen lugar siempre que Dios exige de los demonios ciertas cosas, sea para castigar á los malos ó para ejercitar á los buenos. Del mismo modo en el orden social los asesores del juez notifican á los eje-

1. Diabolus nulli nocet, nisi acceperit potestatem á Deo. *S. Aug. Enar. in ps. c. 12.*

2. Diabolus multa potest virtute suae naturae, á quibus tamen prohibetur virtute divina. *S. Th.*, III p., q. XXIX art. 1.